

NADA ES MÁS ASOMBROSO QUE LA VERDAD

Alexanderplatz, 24

Egon Erwin Kisch

Nada es más asombroso que la verdad

Reportajes y artículos

Edición, traducción y posfacio de Francisco Uzcanga Meinecke

editorial  minúscula
BARCELONA

Procedencia de los textos: *Egon Erwin Kisch. Gesammelte Werke in Einzelausgaben*. Hrsg. von Bodo Uhse und Gisela Kisch.

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin 1961-1993, 2008

Published by arrangement with International Editors Co. Agencia Literaria

© de la traducción: 2017 Francisco Uzcanga Meinecke

Revisión: Marta Hernández

© 2017 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2017

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: archivo particular de Hans Kronenberg, Viena.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-946754-1-6

Depósito legal: B-21.331-2017

Printed in Spain

Cronista local

El asilo de inválidos

La habitación de un cuartel. No, no es la habitación de un cuartel. Es cierto que hay catres, que de la pared cuelga un largo perchero con varios soportes, que el centro de la estancia lo ocupa una mesa de madera rústica, que todos los presentes llevan uniforme... Pero no, no es la habitación de un cuartel. Encima de uno de los jergones de crin reposa una almohada roja; situada aparte hay una cama sostenida en sacos de paja: el lecho de un enfermo del corazón. Ninguna de las prendas que cuelgan de las perchas presenta ese estado impecable exigido por el sargento severo que hay en todo cuartel. Al fondo, los hombres reunidos en torno a la estufa —«¡Por los clavos de Cristo y las barbas del Gran Turco!»— están sentados en butacas acolchadas. No. Sin duda alguna: aunque los ancianos inválidos se afanan por demostrar que siguen siendo unos soldados hechos y derechos, esta no es la habitación de un cuartel.

Entra uno de los oficiales. Un hombrecillo de pelo canoso sentado junto a la puerta se percata de ello y grita:

—¡Firmes!

¡Firmes! La orden ha sonado débil, temblorosa, y es así también como se ejecuta. Y no porque no se esfuerzen. Al contrario: todos tratan de cumplirla lo mejor posible, a pesar de que el oficial les indica con gesto rotundo que no se levanten. Pero hace ya mucho tiempo que no se cuadran, mucho tiempo que

los viejos inválidos no forman una fila de reclutas apuestos y lozanos. ¡Firmes! Uno se apoya en sus muletas, otro apenas consigue tenerse en pie y solo su mirada fija en el oficial y la mano asida con fuerza a la costura del pantalón revelan que está acatando la orden. Un tercero, consciente de que cualquier intento de levantarse supondría otro fracaso en su lucha contra la gota, se pone una mano a modo de gorra encima de la cabeza desnuda. Uno más se queda sentado en la butaca, apático y con el cuerpo arrugado, hasta que ve pasar ante sus ojos el sable del oficial y, asustado, se levanta de golpe: es sordo. Y otro más se mantiene firmes con el rostro vuelto hacia la puerta, a pesar de que hace rato que el oficial ha llegado al otro extremo de la habitación: es ciego.

—¿Qué edad tiene, Dworzacek?

—Noventa y dos años. ¡A sus órdenes!

Es el veterano del grupo desde que el mes pasado Jech murió de un sablazo magiar de 1849. Lleva la medalla al mérito de la longevidad. El oficial se dirige a otro de los ancianos:

—¿Por qué está usted aquí?

—Tisis galopante.

—¿Cuándo ingresó?

—El 6 de mayo de 1874.

Así que el hombre de la tisis galopante vive aquí desde hace treinta y ocho años.

—¿Y qué tal se siente usted?

—Gracias, algo mejor. ¡A sus órdenes!

Cuando uno se reúne en el parque del asilo con los viejos inválidos, tiene ocasión de oír los nombres de unidades militares ya desaparecidas, de hablar con coraceros, granaderos, zapado-

res y fusileros, de toparse con antiguos campos de batalla cuyos nombres no había oído desde la escuela. La línea de fuego de Königgrätz vuelve a cobrar vida, retumban los cañones de los acorazados de Lissa y se oyen los gritos de hurra de Custoza. Y se le presentan pruebas irrefutables de valor:

—La bala sigue aquí dentro.

—Justo aquí, en la rodilla, me dio el bote de metralla.

Esto último lo dice uno que a duras penas logra caminar arrastrando su pata de palo.

Dos de ellos han sido condecorados con la Medalla de Plata al Mérito Militar: Hausner, un espigado coracero que en 1866 logró salvar el estandarte de su compañía, y Schmied, un tipo sobrio y juicioso natural de Chomutov que, al mando de una patrulla de tres soldados, logró hacer huir a todo un batallón enemigo simulando un mortífero fuego cruzado; sucedió en Hischberger el 20 de junio del mismo año 1866.

Todos los presentes han sufrido heridas por defender la patria, todos han pagado con su sangre la pensión de invalidez. Y les encanta hablar de ello. Los chicos del parque de Kaizl los escuchan con ojos brillantes, como dispuestos a participar en la batalla, y los hombres de las tabernas de Karolinental no ocultan su admiración. A veces inflan un poco sus historias, se diría que su memoria se dilata con la edad, y —si creemos sus batallitas— son muchos los que han logrado salvar a Austria de la hecatombe. Eso sí: como a alguien se le ocurra ensombrecer los méritos de su vecino... ¡Se sienten tan celosos de sus hazañas, de los proyectiles alojados en sus cuerpos!

—En Königgrätz me destrozaron los dos pies.

—¡Ja, ja! Es cierto: levantabas una caja de municiones y se te cayó encima.

—¡Cierra el pico! Tú te partiste el brazo al tropezar cuando huías de Solferino.

—¡Mira quién habla! Uno que no ha pasado de cabo en cuarenta y seis años.

En la actualidad solo hay una compañía de inválidos alojada en el edificio. Ciento cinco hombres, de los cuales cuarenta y cinco han estado en el frente. Hace ya mucho que no hay guerra, de ahí que cada vez haya más sitio. En los años inmediatos a las guerras, este edificio praguense, construido por Kilian Ignaz Dientzenhofer, llegaba a albergar hasta cuatro compañías. Pero, ¡cuidado!, siempre se puede volver a llenar...

El edificio fue construido hace ciento ochenta años. El dinero lo legó el conde Peter Strozzi, primogénito del coronel Giacomo Strozzi. Tal como revela en su testamento, había combatido en Italia con las tropas de Fernando III al frente de un regimiento fundado por él mismo: el «Gran Nación Alemana». En 1657 Peter Strozzi fue herido de gravedad en Alessandria della Paglia. Mientras agonizaba, acosado por lúgubres pensamientos, pensó que lo mejor sería morir: una muerte heroica por la patria. ¡Mejor que vivir lisiado el resto de sus días! Pero entonces cayó en la cuenta de que él, rico aristócrata, era un privilegiado en comparación con los camaradas que yacían a su alrededor, heridos de igual gravedad y no menos valientes. ¿Qué es lo que les hacía resistir? ¿Engrosar la fila de mutilados?

Peter Strozzi, joven aún y curtido en la guerra, se sobrepujó a las heridas. Pero no olvidó lo que le había rondado la cabeza en el campo de batalla. De vuelta en su casa de Dymokur, el 3 de agosto de 1658, con apenas treinta y dos años, redactó su testamento. Legaba su patrimonio y la finca de Hořitz a los oficiales y a los soldados que hubieran quedado inválidos por heridas sufri-

das en defensa de Austria, «para que puedan vivir allí y, tras la fidelidad mostrada y los arduos servicios prestados a la patria, no se vean obligados a pedir limosna, o incluso en situación de perder la vida».

Convertía así en realidad las reflexiones de aquel día en que, agonizando en suelo italiano, ansió fervientemente morir. Seis años después, el destino le concedió su deseo de la forma más bella que pueda imaginar un soldado. El 6 de junio de 1664, al poco de fracasar el sitio de Kanizsa —en el que había participado bajo el mando de Miklós Zrínyi—, Strozzi logró arrebatar al Gran Visir Fazil Ahmed el puente que unía Eszék y Dárda. Durante la encendida alocución en la que encomiaba el valor de sus soldados, un proyectil turco lo alcanzó de lleno. Enmudeció y murió en el acto.

Frente al asilo de inválidos de Praga se alza el busto de Strozzi, esculpido en mármol de Lasa, a la memoria de su benefactor. En un contrato del 12 de septiembre de 1729 figura que ese día se adquirió, por un precio de 35.013 florines y 20 kreuzer, «media milla de terreno al este de Praga, entre la carretera de Silesia y la colina Žižkov». Ha pasado mucho tiempo, el asilo ya no está a las afueras de Praga y el valor de la finca se ha multiplicado por cuatrocientos. Hace apenas doce años el municipio compró, por 1.600.000 coronas, catorce hectáreas y 9.499 metros cuadrados del emplazamiento, una superficie que no llega ni a la cuarta parte del total.

Y aquí viven los inválidos. Bueno, excepto los que están en el consejo de supervisión del Rudolfinum, de la Galería de Pinturas, del Castillo de Praga, del balneario militar de Teplice, del arsenal Vyšehrad o de los monumentos a los caídos de Chlum,

Stiebohol y Kolín... Pero los demás viven en este asilo de inválidos rodeado a lo lejos por unos edificios que parecen querer guardar una distancia respetuosa. Viven despreocupados (los sanitarios se encargan de cuidarlos) y se entretienen jugando a las cartas, conversando durante el almuerzo y los paseos, intercambiando viejas hazañas, mostrando con sus muletas que todavía saben empuñar un fusil. Hasta que comienzan a toser y tienen que ser ingresados en la enfermería. Y cuando a uno de ellos lo llevan a Olšany, donde ahora se encuentra el cementerio militar, suena la banda de música del regimiento y atruena una descarga cerrada. Van a la tumba tal como han vivido: con honores militares.

No es mala jubilación. Pero debe de ser triste para alguno de los jóvenes sanitarios que se ocupan de ellos. Para ese que ahora abotona la blusa gris azulada de uno de los inválidos mientras contempla a su alrededor cómo va a transcurrir su vida futura, una vida apenas comenzada, sin preocupaciones, pero también sin esperanza. Tiene veinte años, es de Budějovice, y la larga y dura etapa de formación como trompista le ha echado a perder los pulmones. Todas las tardes, siempre a la misma hora, toma el camino que parte de detrás del asilo y enfila hacia la lejana Rožmitál.

Allí lo espera una chica. Cuando se acerca, los ojitos de la muchacha sonríen. Unos ojitos que no parecen acostumbrados a sonreír.